

No respondí. A la salida del cine, donde vimos algo realmente complicado, tomamos el coche y nos dirigimos hacia Salduba. Hicimos el viaje en silencio. Un silencio sólo interrumpido por Nicolás al llegar a nuestra calle. Me dijo que tenía una sorpresa para mí, «bueno, en realidad no sé si te gustará, lo mejor será que entremos en casa y comamos alguna cosa ligera mientras te lo cuento». No dije nada. Nicolás me miraba y sonreía. Yo no lograba imaginar de qué podía tratarse, pero tampoco me importaba mucho.

Después de comer unas frutas, Nicolás desapareció y volvió con algo entre los dedos. No podía ver qué era. En su cara había un gesto de complicidad que no lograba entender.

VI

—Tengo dos, y son de una calidad excelente. ¿Te atreves?

Yo no había tomado nunca un ácido, y tampoco sabía qué efecto producía aquello. Me mostró dos pequeños triángulos en la punta del dedo índice. Eran algo más grande que la cabeza de un alfiler. Me eché a reír, más desorientado que contento, y le pedí que me dejara uno para observarlo bien. No me atrevía a preguntarle a Nicolás qué hacía aquello dentro de uno, o qué hacía uno con aquello dentro. Comprendí que si iba a tomarlo no debería pensarlo mucho. Me chupé el dedo con el ácido y tomé un trago de whisky. Nicolás se sorprendió ante mi rapidez, y pensé entonces si no me habría precipitado. Nicolás dio vueltas por la habitación, puso un disco, volvió a llenar los vasos, fue a su cuarto, volvió y, al fin, se sentó, para tranquilidad de los giros interestelares.

—¡Adentro! —gritó, y lo hizo tan fuerte que casi consiguió asustarme.

—Bueno, ¿y ahora qué hacemos? —le pregunté.

—Nada; no hay que hacer nada. Las cosas se harán solas. Tampoco tienes que esperar nada. Te fumas un cigarrillo, bebes, escuchas música. Haz lo que quieras, pero no te preocupes de nada. Y recuerda, recuérdalo siempre: te has tomado un ácido. Esto es un viaje y va a durar unas horas, no sé cuántas. Pero luego volvemos, tenemos billete de vuelta, es importante que lo sepas. Ése es todo el secreto.

Sus palabras lograron lo contrario de lo que se proponían: me intranquilaron. Comimos algo y bajamos al puerto en coche. La noche brillaba como un cristal. Nicolás me propuso ir a La Caverna, una especie de pub a la andaluza. Dejamos el coche y nos pusimos a caminar en silencio, y no sé en qué estaría pensando él, pero yo me escudriñaba por todas partes buscando alguna señal, un síntoma, una presencia de ese «viaje» que Nico-

lás me había anunciado. Pero no sentía nada especial; todo estaba igual que siempre: las cosas permanecían en su sitio dentro y fuera de mí. La Caverna estaba tranquila, alguna pareja y cuatro o cinco solitarios en la barra. Sonaba flamenco, tal vez fueran unas seguidillas. Sentí deseos de hablarle a Nicolás de Julia, y así lo hice: volví sobre mi tema favorito. Nicolás me miraba y asentía no sé si comprendiendo o creyendo que alguna vez se me pasaría la ofuscación. A nuestra derecha estaban dos gitanos que hablaban muy expresivamente. Uno de ellos estaba nervioso, parecía hacer esfuerzos por contenerse. Volví a Julia. Nicolás sonreía y trató de quitarle importancia a mi preocupación. Pero yo insistía como emborrachado con la herida. A mitad de una frase me detuve y miré de nuevo a los gitanos. Hablaban de forma intrigante. El más alto se agitaba como un temblor. El otro, seguía sentado en la banqueta, con un aire burlón, desafiante. La música arrastraba, tiraba de dentro como quien saca agua de un pozo. El más alto permanecía de pie, no sé si esperando algo, una señal, una palabra. De pronto, recogió los brazos hacia atrás, y el que estaba sentado sonrió, como si hubiera vencido. El gitano alto zapateó, flexionó ambas piernas y fue agachado, casi invisible, hasta una pequeña tarima de madera situada a un lado del local. Yo le vi: los ojos encendidos —pero no de agresividad— y el giro violento de la cabeza dirigido a su compañero. Tenía los ojos negros, penetrantes. Entonces bailó, bailó para el gitano, mirando a su amigo que había comenzado a jalearle sin bajarse del taburete. Fue un baile rápido, una llama agitada que de pronto se aquieta y el aire gira a su alrededor, sin tocarla. Le oí volver a su lugar, como un rumor. No llegué a verlo. Supe —aunque ignoro en qué términos— que había vencido a su amigo. Lo había conquistado. Pero sólo le oí volver, tan sólo el ruido de sus pasos. En mi retina seguía clavado el remolino de su cuerpo, la sombra que fue desplazando con sus brazos hasta que consiguió detenerse. Miré a Nicolás y le vi muy lejos. No sabía cómo dirigirme de nuevo a él. Me extrañó que se hubiera retirado tanto. Me sentí angustiado y le pedí que saliéramos del lugar. Cuando subimos las escaleras volví a ver al gitano bailar. Me di la vuelta, pero comprobé que estaba quieto, mirando a su amigo que le hablaba como si le explicara algo. Sin embargo, el baile continuaba, incansable, buscando el centro, dibujando el espacio, desdibujándolo.

—Vamos a caminar un rato. ¿Recuerdas lo que te dije?

Moví la cabeza afirmativamente. Me he tomado un ácido, sí, ¿y qué? ¿Qué quieres decir con eso? Miré a Nicolás esperando una respuesta, pero comprendí que yo no había hablado, y que ya era tarde para esperar una respuesta.

—No tiene importancia —dije.

—No tiene importancia ¿qué? —inquirió Nicolás.

—Lo de antes —respondí con seriedad.

—¡Ah!

Bajamos hacia el mar. Todo estaba desierto por la zona en que fuimos, aunque normalmente en esa época del año solía haber gente paseando. Era mejor así, me daba miedo la idea de encontrarme con alguien y que me hablara. Intenté decírselo a Nicolás, pero no me salía la voz, sólo el comienzo de la frase, la primera sílaba de una palabra impronunciable. Aunque esa palabra era cualquiera, las palabras de todos los días, parecía que ahora hubiera descendido a su propia raíz y esa raíz carecía de sonido. ¿Cómo decirla? Y más que pensar, veía, y comprendí que el tiempo del habla era muy inferior al de las visiones. Intenté ayudarme con la gesticulación para darle a entender a Nicolás mi problema de sincronización. En ese momento me preocupaba mucho que me entendiera y hacía tremendos esfuerzos por hablar. Momentos después pisé un charco producido por una boca de riego mal cerrada, y lo vi levantarse desde mis pies, alrededor de ellos, lentamente: primero como una superficie de goma que se alterara, luego fragmentándose en girones y gotas. No pasaba el tiempo. Para cualquier observador que no fuera yo, aquello sólo duró un par de segundos, pero yo habría podido medir en minutos aquel acontecimiento. Y estaba ocurriendo de verdad, porque lo viví y lo vi. El tiempo es blando. Daba igual lo que yo hubiera tomado, porque a veces unos espárragos o un solomillo a la pimienta nos cambia de humor, nos sienta mal y vemos el mundo de manera distinta en plena arcada, por ejemplo, o nos hace soñar con ángeles o con demonios, según responda el aparato digestivo. Todo altera. Miré en ese instante dilatado a Nicolás, pero ya no necesitaba explicarle nada: supe que él lo sabía. Lo supe sin saberlo, como si hubiera alcanzado el tao, cosa que tampoco es difícil, dicho sea de pasada.

El paseo marítimo estaba a oscuras y era muy largo. Nunca había visto nada igual. El caso es que alcanzaba a ver su final, pero eso no lo disminuía. Me obsesioné con la necesidad imperiosa de recorrerlo. Se lo dije a Nicolás, pero a él no le apetecía, «es largo, sí, pero por eso no vamos a ir de una punta a la otra, como si tuviéramos que agotarlo». Ciertamente, no era necesario. El mar se me hizo patente, estaba a mi izquierda: masa oscura que parecía devorarse a sí misma y expulsarse, desgarrarse y contenerse en una afirmación y refutación continua... Yo no quería acercarme, pero me sentía atraído por su ominosa oscuridad. Me puse a temblar y me habría echado al agua si Nicolás no me hubiera cogido del brazo apartándome de allí.

—Ven, ven, vamos a ir a *The Old Vic*. Tal vez allí haya ambiente. Por aquí todo está muerto.

Nos pusimos a caminar, pero yo creí que no llegaríamos nunca. Cada paso que daba lo veía desarrollarse, y cada alteración —cambiar de acera, leer un letrero, detenerme— me resultaba toda una aventura psíquica, como si hubiera descubierto la tapa que oculta todas las conexiones eléctricas y las viera moverse, la maquinaria del motor, en vivo, en plena actividad, y todo al mismo tiempo. Ya no podía pensar a voluntad, sólo de manera intermitente sentía lo que llamamos conciencia, pero eso, la conciencia, se había diluido por los cinco sentidos y por lo que éstos percibían. Para decirlo con otras palabras: el sujeto que yo era, hasta entonces delimitado, sitiado en mí mismo, en mi epidermis, había abandonado su carcaj y era agua que se extendía por el mundo innumerable. Esto era así, aunque quizá no del todo, o no siempre, porque en algunos momentos podía darme cuenta de esa mismidad llamada persona y que a pesar de todas las irrealidades del sujeto nos hace ser un destino, tener un alma, haber nacido, tener una muerte.

Al fin llegamos a *The Old Vic*. Había mucha agitación en la puerta: varios hombres se revolvían con violencia. Uno de ellos parecía un toro desde los hombros a la cabeza: tenía el pelo muy corto y crespo, el cuello grueso y muy moreno. Resoplaba. Uno del grupo intentaba calmarlo, pero era inútil porque sus contrincantes lo provocaban. Yo no lograba entenderlos a pesar de que tenía toda mi atención puesta en ellos. Sin saber cómo, me acerqué al grupo instintivamente y me encontré frente al más violento, el de la cabeza táurica que emanaba una energía ominosa. No creo que yo fuera a decirle nada, pero me sentía atraído por ese remolino de fuerza que se agitaba en su testuz, tal vez como los insectos revolotean alrededor de una lámpara. Antes de que pudiera tomar conciencia de dónde estaba, el táurico me propinó un tremendo empujón en dirección a la puerta, y entré en la discoteca dando tropezones, intentando detenerme y apoyándome en todo lo que me salía al paso. No lograba recuperar la verticalidad, y sentía que me iba la vida en ello, porque si seguía cayendo perdería de manera absoluta el control, ya bastante diezmado. Por una décima de segundo me sentí ridículo, pero pronto lo olvidé: no tenía mucho tiempo para pensar en mi imagen que en ese momento se debatía entre la gente, no muy diferente, creo, a la de un borracho que no se puede tener en pie. La música estaba reventando mis oídos y el color de la moqueta de las paredes me hería como si me desgarrara el iris. Todo era demasiado para mí: el poliedro de cristalitos reflectantes que colgaba giratoriamente en el centro de la pista de baile, los movimientos entrecortados de la gente que se agitaba al son de la música, todo ello lo sentía en mi piel, en la carne, como si la realidad se estuviera zurciendo en mi cuerpo al tiempo que lo desgarraba. Al fin logré encontrarme de pie por un momento, casi